



LA AURORA.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

TOMAS MORO,

GRAN CANCELLER DE INGLATERRA.



Entre los hombres á quienes la sociedad tiene necesidad de pagar mientras viven su tributo de admiracion y respeto, y de co'ocar su nombre en la mas bella página de la historia cuando mueren, se encuentra Tomas Moro y á él van dirigidas estas líneas.

Varias son las opiniones que sobre su nacimiento hay, unos afirman que en 1473, 1477 y 1483. Los autores ingleses y aquellos que han escrito con mas precision en distintos paises, no dudan en afirmar que nació en Londres á mediados del año 1473, hijo de Juan Moro, abogado consultivo en el tribunal de justicia de la misma ciudad. Siguió sus estudios en la universidad de Oxford, bajo los auspicios y proteccion del eminente Tomás Linacer. Este y los demas profesores se complacian en premiar y deferenciar á su discípulo, por su aplicacion y admirables adelantos, no solo en la lejislacion, pues tambien

se extendió su estudio al conocimiento de las lenguas muertas que en aquella época se conocían en Europa. A su salida de la universidad rápidos fueron sus progresos y continuos los triunfos que consiguió en el Foro. De su capacidad y vastos conocimientos tuvo noticia el voluble cuanto criminal Enrique VIII, y se lo hizo presentar por medio de Wolsey, para admitirlo en su consejo privado. Gracia que lo aproesimó á tan inconstante monarca, y que fué causa de su desastrosa muerte. Cuanto mayor fué la intimidad que con el apóstata Enrique tuvo, mayor y mas próximo fué su peligro. Era tal la desmedida confianza que en él tenía, que le nombró para el desempeño de diversas comisiones y embajadas, y en especial para tratar la paz que se concluyó en Cambray en 1529, entre el emperador Carlos V. en Alemania y primero en España, y el rey Francisco 1.º de Francia. Fué tal el celo por la causa de su soberano, y el calor con que defendió los intereses de su país, que á su vuelta, y en pago de sus servicios y como muestra del amor de su rey, fué nombrado por este, canceller mayor de los tres reinos unidos.

Por su mal en esta época triste y aciaga para Moro, Enrique hasta entonces uno de los mas firmes apoyos de la cristiandad, á quien Leon X habia dado el pomposo título, «de Defensor de la fé,» se separó de la comunión romana, por la negativa que este dió á su injusto y pretendido divorcio de Catalina de Aragon, y libertad para contraerlo nuevamente con Ana Bolena. Hombre de principios justos y defirme carácter, creyó undeberla renunciar de su destino hizo en 1534, y alejándose de los negocios públicos, se entregó, con este motivo, en su soledad de Chelsea, á su pasión favorita, las letras. Allí escribió para legar á la posteridad su nunca bien alabada «Utopia ó idea de una república feliz.» Durante este periodo repetidas fueron las instancias de Enrique para que aprobara su proceder con la corte romana: demostrando de este modo cuanto valia la opinion justa y recta del malogrado Tomás Moro. Cada dia se fortalecia y arraigaba mas en su corazón, el convencimiento que de su conducta seguia. A las instigaciones del monarca y de sus perversos amigos, siguiéronse las amenazas, las persecuciones, y últimamente su prision. En ella estuvo catorce meses, y ni el tiempo, ni las privaciones y sufrimientos con que sus enemigos le trataron, pudieron hacer, que aquella alma estóica, aquel verdadero mártir, re-

conociese la marcha peligrosa y herética que Enrique seguía, y á su ejemplo la mayoría de la nación. En este tiempo todo le fué negado; hasta el placer de padre; el placer de estrechar á una hija única, virtuosa, y sabia, y si en sus últimos momentos, en aquellos en que su muerte estaba decretada, la permitieron entrar en su prision, fué con objeto, no de endulzar sus últimos momentos, no para que su pena tuviera alivio, sino para que sufriera tormentos atroces, que midiese el sacrificio que hacía, y que diese un doloroso á Dios á sus afectos del mundo, para separarse por una eternidad de los seres amados, de aquella que le debía la vida, que era parte de su corazón, y que por última vez la estrechaba entre sus brazos. En este cruel y decisivo momento sus ojos se humedecieron y lágrimas de sangre, lágrimas de fuego corrieron por sus lívidas, y macilentas mejillas.

Amaneció el día 6 de julio de 1535, y fué el último en que el sabio, el virtuoso, el verdadero creyente, sellara con su sangre las verdades que su corazón sentía, y que su pluma arrojó á las generaciones y á los siglos. Sufrió con serenidad la vista del suplicio que en el atrio de la torre estaba, y ante el verdugo y el tajo despreció, prefiriendo la muerte, el perdón que se le ofrecía, con la condicion de reconocer por jefe y cabeza de la iglesia Anglicana á Enrique VIII su asesino. El pueblo de Lóndres presenció tan trágica escena en silencio, pero con un silencio elocuente que demostraba cuanto perdía la Inglaterra y la Europa al derramarse la sangre del fil sofo escritor, del gran Tomás Moro. Su hija, aquella que en la prision escortaba á su padre á morir, por la pureza de sus principios, hizo enterrar el cadáver, reservándose la cabeza que conservó con respeto y veneracion como último resto de su amor. Esto llegó á noticias de los jueces y aun no satisfechos de haber vertido la sangre del padre ansiaban la de la hija; porque cumplia con el mas sagrado deber: porque obedecía los sentimientos que en su corazón imprimiera la naturaleza. A pesar de la contraria animosidad de los jueces, y del empeño porque apareciera como criminal, fué absuelta y puesta en libertad. Tomás Moro dejó varias obras de un mérito y valor sin igual, pero entre todas debe ocupar el primer lugar su ya nombrada «Utopia, ó idea de una república feliz:» su idea es sublime y filosófica; está llena de bellezas, que recrea é instruye. Está traducida en

francés por Guendeville, en aquella época benedictino de la congregacion de S. Mauro, y despues calvinista. En 1730 apareció impresa en dozavo, adornada de láminas, y aumentada en Amsterdam. Tambien ha quedado la que compuso en defensa de su soberano, refutando la que contra él escribió Lutero, y algunas otras de filosofia. En la cárcel concluyó una oracion bellisima en verso, sacada de los salmos: unos epigramas latinos, y varias poesias sueltas. En la traduccion de la Utopia publicada en Amsterdam, está su biografia, y varias cartas politicas en alabanza de su composicion, de algunos sábios de aquella época. La coleccion mas rica y completa de las obras de Tomás de Moro, se publicó en Lovaina en 1566. Su hija Margarita tambien compuso algunas obras piadosas y contemplativas. Murió bastante jóven, pues su vida fué un continuo martirio; la memoria de su infortunado padre le hacia padecer continuados dolores. Así concluyeron padre é hija, dignos de una corona, que conquistáran por su sabiduria, y sufrimiento en defensa de la religion de Jesus. En él se apagó la mas firme y brillante luz del cristianismo, y el mas respetado y victorioso opositor de Lutero.

MANUEL DE SOUSA.

EPIGRAMA.

Dijo un dia don Serafin
A su adorado tormento:
«Si con tu ayuda no cuento
Mis males no tendrán fin»
Y ella repuso al momento:
—No lo niego, caballero,
Y le mostraba espresiva
Con muchísimo salero,
Una horrible lavativa.

JOAQUIN PINEDA.

A....

Elena, Elena, responde
Al canto del trovador:
¿Dó tu belleza se esconde
Que ingrata no corresponde
A mis suspiros de amor?

Sal á esa reja que un día
Fué de nuestro amor testigo;
Dí que me amas todavía,
Y si tal dicha consigo
Será eterna mi alegría.

Recuerda cuando amorosa
Díspabas mi dolor,
Cuando cándida y hermosa
Te mecías voluptuosa
En los brazos del amor.

Ya brindándome con flores,
Ya halagándome tus ojos
Aun más que el sol brilladores,
O dándome por despojos
Henchida el alma de amores.

Recuerdos que eternamente
Acrecientan mi agonía:
Tiempos en que dulcemente
Embragaba amor mi mente,
Y que llora el alma mía.

¿Qué os hicisteis dónde estais?
Parad, detened el vuelo
Por qué rápidos volais?
Y al dolor me abandonais
Sin dar al dolor consuelo?

Por qué si solo un momento
Debió brillar mi ilusión

Por una hora de contento,
Todo un siglo de tormento
Le vuelves al corazón.

Yo te miré, flor hermosa,
En el vergel de la vida
Cual á una celeste diosa,
Solo en tí mi alma afanosa
En mirarte embebecida.

Yo que al verte en la ventana
Para mi radiaba el sol,
Y contemplándote ufana
Me sorprendía la mañana
Con su brillante arrebol.

Yo que tras tí noche y día
Por do quiera te seguí,
Y mi encanto y mi alegría
Lo cifraba, vida mía,
Solo en adorarte á tí.

Yo que sin tí paz no hallaba
Que fui esclavo á tus antojos,
Que sin verte ciego estaba
Y que la luz encontraba
En esos brillantes ojos.

Yo que cifré mi pasión
Mi gloria, placer y encanto
En poseer tu corazón,
Trocaré en amargo llanto
Mi deliciosa ilusión.

Has de trocar mi desvelo
En un eterno martirio?
Has de marchitar mi anhelo
Sin dar al dolor consuelo,

Sin dar fin á este delirio?

Y aun el corazon te adora
En su eterna desventura,
Y aun cree descubrir ahora
La imájen encantadora
De tu cándida hermosura.

Ya vagando veleidosa
En derredor del jardín
Cual voluble mariposa
Dando color á la rosa,
Dando blancura al jazmin.

Ya en la fuente que murmura,
Ya en mi amoroso deseo,
Ya en mi loca desventura,
Y aun hasta en la noche oscura
No sé donde, mas te veo.

Y hoy mas que nunca hechicera
Te admira mi fantasia
Y por tu pasión sincera
Mil vidas si mil tuviera
Gustoso, hermosa, daría.

Ven y juntos elevemos
Cánticos de eterno amor,
Felices sin fin seremos
Y nuestra suerte uniremos
Ante el ara del Señor.

Vuelve los ojos «Elena»
A tu amante trovador.
Calma mi angustiosa pena,
O desata la cadena
Con que me preudió tu amor.

SEBASTIAN REJANO.

LETRILLA EROTICA.

EL BESO.

Si por amantes antojos
se consume mi sosiego
en la lumbre de tus ojos,
templa, muger, ese fuego
con tus frescos labios rojos,
y en cariñoso embeleso
dame un beso.

Ruego que del alma sale
no debe alcanzar agravios;
y si no hay favor que iguale
al que hacer pueden tus labios,
seguro es tambien que vale
el amor que te profeso
mas de un beso.

Tiernas protestas te escucho,
y á mi amor te juzgo esquivo;

mas si te interesa mucho,
la duda ahogar con que lucho,
solo en tí el remedio estriba,
que la razon de mas peso
es un beso.

Callar no puedo, mi bien;
mas si quieres que sea mudo
déjame ciego tambien:
¿quién al verte hay tan tozudo
que á tu amor resista, quién?
te miro hermosa y por eso
quiero un beso..

Implorando mi ventura
estaré de noche y dia,
que tu pasion me asegura
lo que apetece la mia:
¡feliz si de tu hermosura
vivo eternamente preso
con un beso!

Sé alguna vez complaciente,
que no cederá jamás
del alma el afan ardiente:
vén, y con lábio riente
dame un beso, nada mas;
ya ves tú que no es esceso
solo un beso.

Te sorprende mi ecsijencia,
y al oirla te sonrojas,
y desdeñosa me arrojas
de tu divina presencia;
mas dime, ¿por qué te enojas?
¿tu pudor no queda ileso
por un beso?

De tan anhelada gloria
no el recuerdo pasará
como una sombra ilusoria;
que vivirá en mi memoria,
é indeleble se leerá
en mis mejillas impreso,
ay! tu beso!!!

ENRIQUE V. MORENO.

EL DESDEN.

Á....

Deja de ser orgullosa,
que la hermosa
que ostenta altivo rigor,
vé correr con veloz huella
ante de ella
los deleites y el amor.

Apresado en tus cadenas,
á las penas
atado mi afán, miré;
y al fijar en tí mis ojos
tus enojos
de mi amor en premio hallé.

Mas ya no ante tí me postro,
pues tu rostro
que bello un tiempo creí,
no es ya el sol de mi existencia,
ni en la ausencia
jimo cual antes por tí.

Mariposa en los pensiles
las sutiles
alas tiende en derredor
de las flores, y en la rosa
solo posa,
que es la imagen de su amor.

Mas si la rosa galana
é inhumana

su capullo vá á cerrar,
el pintado insecto luego
blando juego
de otra flor, vuela á posar.

En el mundo á los amores
sobran flores,
bellas como tú tambien:
tú no pensaste que un día
llegaría
que iluminase mi bien.

Si, llegó: ya las cadenas
de mis penas
por siempre rotas están:
ya premiados ven mis ojos
los antojos
de mi cariñoso afán.
.....
Deja de ser orgullosa,
que la hermosa
que ostenta altivo rigor,
vé correr con veloz huella
ante de ella
los deleites y el amor.

JOSÉ M. RUIZ Y QUINTANA.

LA CANTATRIZ DESCONOCIDA.

AVENTURA.

Lablache, el bueno, el espiritual Lablache, es como todos los artistas saben, el niño querido de los ingleses. Dicen algunos que su extremada obesidad no ha contribuido poco á conquistarle los aplausos de John Bull; yo, por mí, creo que su buen humor, su carácter condescendiente y su maliciosa alegría han sido los motivos principales para adquirirle esta victoria.

En 1839 tenía entre sus discípulos Lablache á un jóven italiano, tierno doncel, de blondos y rubios cabellos, de barba larga y luciente, con sus ojos azules, afligido y hastiado de sí propio, por sus veinte años, y su millon de renta. Si alguno de vosotros le hubiese visto al piano, cantando el aria de la *Sonámbula*, hubiera creído que era alguna lady pálida, tierna y melancólica, según era blanca su tez y su voz femenina.

Un día, este S. Giovanilli entró en el estudio de Lablache taciturno y pensativo.

—Qué teneis? (le dijo el artista) estais enfermo? no habeis podido alcanzar con toda su estension el estudio que os he puesto, ó habeis heredado otro millon y no sabeis que hacer con el?

—Nada de esto me inquieta, señor maestro.

—Pues qué teneis para estar tan triste?

—Tengo tedio.

—Tedio, vos, el señor mas jóven y mas rico de Italia? vos, que poseeis un castillo, cuyas almenas tocan al cielo, y cuyos cimientos se bañan en las azules ondas del Adour!

—La riqueza no hace felices. El corazon que no se halla ocupado, se marchita pronto, y.....

—*Per Baccho!* Monseñor, no desconfieis; en los ocho dias que llevais en Lóndres no habeis conquistado á alguna hermosa isleña.

—Amor! ¿y cómo quereis que lo haya hecho? no conozco una palabra de inglés, no tengo aquí mas amigos, que vos, y sobre todo no es una muger lo que anhela mi corazon.

—Pues qué deseais?

—Un ángel, una criatura, rodeada de misterio, á quien pueda amar desde lejos, como se adora al sol, con sus rayos de oro, ese luminoso brillante de la corona celestial.... Quisiera que mi alma se ocupase de ella á su sabor, á quien pudiera consagrar mi corazon con una oblation y entusiasmo paternal, puro como el de los querubes.

—Ya comprendo, mi querido poeta, quisierais un amor sin esperanza.

—Quisiera que nunca pudiesen faltarme las ilusiones doradas que forja mi imaginacion: que aquella, á quien tributara esta muda adoracion, no saliese jamás, como los antiguos augurios, de las veladas sombras del misterio que la encubriera, porque á toda belleza terrestre falta algo... la perfeccion no existe!

—A fé mia, monseñor, os deseo buena ventura con esa vision fantástica de color de rosa que buscaís.

Cuando Lablache concluía estas palabras, hojeaba

Giovanilli los albums que habia sobre lo mesa del estudio.

—¡O mio caro! exclamó de repente, qué delicioso libro!

El jóven espiritual habia abierto un album verdaderamente encantador, estampado, guarnecido de terciopelo y oro con unas lindas manecillas de un cincelado sorprendente. Cuatro rubís magníficos brillaban en las esquinas y un delicioso aroma se exhalaba de sus satinadas hojas; era un incienso precioso de mirra, resedá y violeta. En la primera página se leían estas palabras escritas por una mano de muger. *Al mio maestro di música.*

—¡Por san Jorge! dijo el conde, quién os ha regalado este album.

—¡Una de mis discípulas.

—¿Su nombre?

Lablache reflexionó algunos minutos.

—Su nombre? No puedo decirlo.

—¿Y por qué esa reserva?

—Monseñor, yo no puedo descubrir, sin permiso prévio, el nombre de mis alumnos, sobretodo á un aturdido de vuestra edad, voluble mariposilla en derredor de las lozanas flores.

—Esa discrecion me la hace mas interesante. Es bonita?

—Encantadora!

—Y sus cabellos?

—Blondos.

—Sus ojos?

—Azules.

—Y su talle?

—Majestuoso! su boca preciosa, y un talento, sobretodo!.... una gracia seductora!

—Pero estará casada?

—No, es libre.

—Entonces, deseo verla, ofrecerla mis respetos, y si me agrada....

—¿Os casariais con ella?

—Sin duda.

—Locura! Sus poderosos parientes no os la entregarían.

—Lo creéis así?

—Estoy seguro de ello, hay obstáculos insuperables.

—Hacédmela ver una vez, una sola vez.

—Y si os la enseño, me juráis no procurar acercaros á ella, y contentaros con esa muda adoracion de que hablabais hace poco?

—Lo juro, y en prueba, mañana dejo á Londres.

Aquella noche acompañó el conde á Lablache á un concierto magnífico. Ya estaba la fiesta empezada, el salón estaba adornado con un lujo asiático. Todos los concurrentes miraban á una jóven sencillamente ataviada, con una corona de *aciano* en la cabeza.

—Aquella es, dijo Lablache.

—O bell' alma innamorata! exclamó el italiano.

Y permaneció toda la noche en su sublime éxtasis.

Al día siguiente partió para Venecia.

Un año después encontró á Lablache en París.

—Y mi bella desconocida, amigo mio.

—Pensais en ella todavía?

—Siempre: es un ensueño precioso que veo siempre durmiendo. Ora la reviste mi imaginacion de esquisitos ornamentos, ora la cubre de púrpura, ora coloca sobre su frente una corona de diamantes. ¿Es todavía vuestra discípula

—Todavía: es una cantatriz distinguida, pero en el tiempo que ha pasado han sucedido cosas grandes, la han casado!

—Casado! dijo el caballero, dando un suspiro. Bella flor tan fresca y tan vaporosa, como la querida del botánico, que ni se atreve á tocarla!

—Y vos seguís siempre poeta?

—¡Es culpa mia que el siglo lo sea tambien! La poesia es el amor á lo bello; es el respeto á lo grande, es la mas elocuente de todas las plegarias, es el himeneo del corazon.

El príncipe italiano permaneció aquel invierno en París. Frecuentemente hablaba de su desconocida, fre-

cuéntemente besaba con respeto las hojas de su album, pero era todo soñar! El positivismo, ese niño sério y pensador que se complace en conquistar los corazones, en los momentos en que una ilusión se destruye, también se apoderó del joven. Volvió á Italia y casó allí con una princesa que llevaba en dote diez castillos y cien leguas de dominio, como las heroínas de los cuentos de hadas.

En el año último queriendo sacudir el príncipe sus costumbres aldeanas, quiso que su esposa visitase á Francia. Al atravesar á Eu para ir á Paris vió inmensos grupos de gente reunida. Los gritos de alegría resonaban en los aires. Las músicas guerreras hacían resonar sus ecos. Y en medio de una multitud de príncipes, personajes y señoras descubrió á una joven que reconoció al punto.

—¡Gran Dios! ella es, la discípula de Lablache, mi cantatriz desconocida.

—Qué tienes? le preguntó su muger inquieta.

—Nada, ángel mio, nada, á fé mia.

En seguida acercándose á un oficial

—Caballero capitán, le dijo con temblorosa voz, podríais decirme el nombre de esa señora?

—La que lleva un traje de rosa y un sombrerillo de gasa blanco?

—Justamente.

—Caballero, le dijo el oficial al admirado príncipe, quitaos vuestro sombrero, esa que veis es Vitoria, la reina de Inglaterra.

E. B. T.

A Y J

Si llorar es mi destino
sumido en amargo duelo,
sin hallar ningún consuelo
que calme mi triste afán;
lloraré, pues, vida mia,

por que al recordar tu encanto,
mis ojos de ardiente llanto
humedecidos están.

Ausente de tu hermosura
que mi existencia embellece,
este mundo me parece
yerma y oscura prision:
solo una luz bienhechora,
apercibo en lontananza,
y es la luz de la esperanza
que ilumina al corazon.

Mas no te diré mis penas
á ti que inocente ries,
y en el contento te engries
sin el pesar conocer;
A ti que gozas ufana
en el verjel de la vida,
sin que una sierpe escondida
ose tu planta morder.

Mas, pues, triste aquí suspiro
de tu hermosura distante,
permíteme que te cante,
no mis penas, si mi amor.
Este amor que tú encendiste
que es como el espacio inmenso,
y puro como el incienso
que se eleva ante el Señor.

Yo te diré los latidos
de mi pecho enamorado,
pues leal ha conservado
la imájen de tu candor,
De ese candor, cuyo hechizo
al pensar humano escede,
y á cuya magia no puede
resistir el corazon.

No pienses, empero, hermosa,
que en pago á mi afan prolijo
algun otro premio exijo
que un recuerdo y nada mas.
Mas aunque tú desdeñosa
del dolor mi alma no escudes,
podré sufrir, no lo dudes,
pero olvidarte... jamás.

ANTONIO DEL CASTILLO Y MENDOZA.

À ESPAÑA.

Levanta altiva tu orgullosa frente
de laurel y azucenas coronada,
ríndate culto la estrangera gente
la faz en llanto de dolor bañada.

¿Quién ostenta en sus armas mas blasones
recuerdos fieles de eternal victoria?

«Los Cides, los Pizarros, les Colones
te elevaron al templo de la gloria.»

Tus bajeles los mares oprimieron,
cual monarcas en ellos campearon,
y ante la enseña que en sus popas vieron
tu poder y tus leyes acataron.

Los hijos del desierto codiciosos
de adquirir tus estados y riquezas
invaden tus ciudades presurosos
de su bélico ardor con la fiera.

Del Dauró puro en la risueña orilla
muertas vieron sus locas ilusiones
y á la gran soberana de Castilla,
rindieron abatidos sus pendones.

De la Iberia jamás ningún guerrero
el yugo soportó de tiranía
que un monarca á sus pies vió prisionero
en los campos gloriosos de Pavia.»

«Levanta España tu abatida frente,
al mundo causarás miedo y espanto
que el valor de tus hijos no consiente
ajados ver los lauros de Lepanto.

«Lleve el viento los bélicos sonidos
del hierro abrasador de tus cañones,
y temblará la tierra si ofendidos
despiertan de Castilla los leones.

MANUEL RODRIGUEZ DIEZ.

TEATROS.

REVISTA DE LA QUINCENA.

PRINCIPAL.—La pluma se nos cae de la mano, y se nos resiste el haber de criticar, aunque con harta justicia, la marcha equivocada, que para agradar al público de esta capital, sigue la empresa del teatro. Sin hacer por ahora cuenta de las malas traducciones que pone en representacion como sino hubiera buenas obras dramáticas orijinales de que echar mano favoreciendo de este modo á nuestros poetas; nos concretaremos á repugnar solamente el mal servicio de la escena, el cual, sino aparece á nuestros ojos tan ridiculo como es en sí, se debe á los constantes esfuerzos del apreciable actor don Ceferino Guerra.

Los anacronismos escénicos se hacen lugar frecuentemente en el teatro Principal de Sevilla: hoy vemos escornada la escena del mismo modo que ayer, y sin embargo las producciones dramáticas puestas en accion en ambos dias son el reflejo de épocas distintas, entre las cuales han transcurrido algunos siglos. Repetimos que esto es ridiculo.

Agréguese á esto la pobreza con que se viste constantemente el teatro, pobreza que en cualquiera otro chocaria; mucho mas en el de una ciudad tan rica y populosa como Sevilla. De esto deduciremos por conclusion, que la empresa olvidando hasta sus mismos intereses, se afana poco, ó hablando con mas propiedad, nada, para granjearse y merecer el favor del público sevillano.

Nada notable hemos visto en escena durante los quince dias que abraza nuestra revista; á escepcion de la comedia en dos actos titulada: «Una onza á terno seco» de los señores Hartzembusch y Rubi, la cual el público ha calificado desde luego.

Estando próxima á disolverse esta compañía, reservamos nuestro juicio respecto á los actores, hasta tanto que empiecen las tareas de los que componen la que ha de trabajar en la venidera temporada.

En el número siguiente de nuestro periódico continuaremos hablando con la misma imparcialidad que en este, de la empresa del teatro.—*Manuel de Sousa.*